



La Vuelta de Pedro urdemales

Vuelve este popular personaje de la tradición folclórica hispana. Pedro, un pillo que trata de sacar provecho de toda circunstancia. Sin embargo, como explica el autor, la opinión más importante sobre Pedro «es la que se forme después de conocer las aventuras y desventuras de este tipo sufrido, de este huasito que, según dicen que dice, viene del campo, pero no de las chacras...

Floridor Pérez nació en Yates, «Chiloé continental», en 1937. Ha sido profesor de escuela y universidad por muchos años y ha escrito libros para niños y adultos. En el difícil género de la poesía infantil ha publicado *Cielografía de Chile* y pronto aparecerá *Navegancias*. También ha escrito *Cuentos de siempre para niños de hoy*, *Mitos y leyendas de Chile* y biografías de Manuel Rojas, Francisco Coloane, Gabriela Mistral y Pablo Neruda. Desde 1988 dirige el Taller de Poesía de la Fundación Pablo Neruda y desde 1989 escribe la revista Tareas Escolares Zig Zag.

Pedro Urdemales un huaso del campo, pero no de las chacras

Cuando yo era niño, conocí a Pedro Urdemales en mi Libro de Lectura, donde era el cartero del otro mundo. A la salida de la escuela me volvía lentamente a casa, deteniéndome en cada esquina, sin perder la esperanza de verlo entrar al pueblo montado al revés en un burro, mirando hacia atrás...

¡Urde - males...! Con ese apellido le resulta bien difícil negar su fama de pillo. Sin embargo, él asegura que no engaña a nadie. ¡Otra cosa muy distinta es que no se deje engañar!

Y yo diría que junto con algunas diabluras suele darles un merecido escarmiento a los avaros, que quisieran tener una ollita que caliente sin fuego, o un árbol que en vez de frutos dé dinero, o un sombrerito que pague sus gastos...

Pedro Urdemales les dice «no, señores: si quieren gastar menos, economicen combustible, gánense el dinero con el sudor de su frente y paguen sus deudas».

Pero la opinión más importante es la que cada uno se forme después de conocer las aventuras y desventuras de este roto sufrido y divertido, de este huasito que, según dicen que dice, viene del campo, pero no de las chacras...

Floridor Pérez



Una verdad del porte de un cerro

Un pueblino de esos que creen saberlo todo, se encontró con Pedro Urdemales en un polvoriento camino rural.

Al verlo de chupalla, pantalón arremangado y ojotas, se le ocurrió burlarse de ese huasito.

A poco de entablar conversación, le dijo: —¿Y qué tal es para calcular, amigo?

—Me defiende no más, señor —respondió Pedro, con humildad.

—Bueno pues, dígame entonces, ¿de cuántas camionadas calcula usted que podría llevarme a la ciudad aquel cerro?

Y le mostraba el cerro más alto del lugar, en cuya cumbre una enorme cruz parecía abrazar al valle.

Pedro se acomodó la chupalla con aire pensativo:

—Eso depende del tamaño de su camión, caballero. Si su camión es de la mitad del cerro, va a necesitar dos camionadas. Pero si se consigue un camión del porte del cerro, ¡de una camionada se lo lleva!



La apuesta con un campeón

Una helada mañana de invierno, camino de la ciudad, Pedro Urdemales encontró un gorrión casi escarchado, que ni podía caminar, mucho menos volar.

Compadecido, lo recogió y se lo echó al bolsillo.

Entrando a la ciudad pasó por el estadio, donde se entretuvo mirando a un atleta que se entrenaba en el lanzamiento de la bala.

Pedro parecía tan interesado, oye el deportista pensó jugarle una broma y lo llamó a la pista.

—Pareces un huaso forzado —le dijo a modo de saludo— y si me ganas a lanzar la bala, te invitaré a una parrillada en el restaurante del frente...

De una cancha vecina había caído una desteñida pelota de tenis, y el lanzador la tomó, simulando que pesaba como las balas de fierro con que se estaba entrenando. Luego, tomando impulso, la lanzó con tal fuerza, que fue a caer debajo de las galerías de la cancha de fútbol.

—¡Lejazos la tiró! -comentó Pedro agachándose a recoger algo-, Allá en el campo sólo lanzo peñascazos -explicó-, de modo que lanzaré esta piedra.

Y mientras el atleta aprobaba sin preocuparse de lo que lanzara, Urdemales cambió la piedra por el gorrión que llevaba en el bolsillo.

—¡Allá va! —exclamó Pedro lanzando el pajarillo que, repuestas sus energías y recobrada su libertad, voló, voló v voló en línea recta.

El atleta no salía de su asombro, mientras eso que creía una piedra cruzaba sobre la pista, las galerías y hasta las blancas murallas del Estadio Municipal.

Por un momento temió que el peñascazo fuera a caer justo en los ventanales del restaurante del frente, donde ahora debería ir a pagar su apuesta a Pedro Urdemales, que ya lo esperaba con un hambre olímpica.



Las tres flores

El fundo *Las tres flores* era la admiración de todos en la comarca. A los agricultores se les hacía agua la boca ver sus rubios trigales, y a los huasos jóvenes, las rubias trenzas de las tres hermosas hijas de su propietario: Rosa, Margarita y Jazmín.

Sea porque el padre no se consolara de su temprana viudez, sea que pensara que en la zona no había amistades dignas de él, lo cierto es que rara vez salía de su propiedad. ¿Y las niñas? : Apenas podía vérselas algunas veces, tras un velo de polvo levantado por su caballo cochero trotando rumbo a la ciudad! Si las niñas se animaban a pedir permiso para paseos o Fiestas la respuesta del padre era siempre: ¡no!

Era difícil creer, entonces, que Pedro Urdemales pudiera presentarse con las tres señoritas en la inauguración de las próximas ramadas de Fiestas Patrias. Pero así lo había asegurado él en unas carreras a la chilena. Y las apuestas no se hicieron esperar.

La más sonada fue la de un conocido agricultor, que le prometió un caballo ensillado si llegaba con las tres niñas... Pero si no lo conseguía, debería cosecharle a echona, sin ayuda y gratis, una cuadra de trigo.

Como víspera de fiesta, en las casas del fundo *Las tres flores* ese 17 de septiembre se almorzó cazuela de pava y empanadas de horno. Hasta una jarra de vino de su propia mesa mandó el patrón a la cocina, pero aunque todo estaba sabroso y todos gozaban la comida y la bebida, Pedro Urdemales andaba desabrido. ¿Cómo haría para ganar la apuesta?

La inauguración oficial de las ramadas sería a las siete de la tarde, y a las cinco, metido ya en su pantalón de mezclilla y su camisa a cuadros, Pedro recibió la orden de acompañar al patrón a la loma. Dos leñadores habían descubierto allí un derrumbe en un canal de

riego, y era urgente remediarlo. Como para ese caso de nada servirían las hachas de los leñadores, el patrón le dijo a Pedro:

—Te veo demasiado elegante para esto: te puedes ir a esas ramadas, pero antes mándame a Ruperto con las tres palas grandes.

«¡Las tres...!» pensó feliz Pedro y voló cuesta abajo.

Ya en la casa, se plantó frente a las tres hermanas:

— El patrón se ha arrepentido de negarles permiso, señoritas, y me manda que las lleve a las tres a la inauguración de las ramadas. Y como a las bellas niñas, con toda razón, les costaba creer lo que oían, les dijo:

—Asómense a esa puerta y lo verán.

Acto seguido se paró en medio del patio y, haciendo bocina con las manos, gritó hacia la loma:

—:Patróoon...! ¿Me dijo que lleve las treeees...?

Y el patrón, impaciente, respondió:

—¡Síiii... las treces .. y prontooo...!

—Ya ven —les dijo Pedro-, y a él no le gusta repetir las órdenes.

Y eso sí lo sabían muy bien sus hijas.

Y mientras Ruperto subía la loma cargando las tres palas, por la puerta del fondo Pedro subía su preciosa carga al coche. Y no paró el trote hasta ver las banderas de las ramadas ondeando al viento.



Los cerdos empantanados

Aburrido de su fama de hombre poco serio, Pedro Urdemales se decidió a buscar trabajo, y lo encontró en una granja.

Y sucedió que el granjero, descontento con su crianza de cerdos, se decidió a vender el último piño.

—Dan poca ganancia -dijo él.

—Y muy mal olor —agregó su mujer.

Como Pedro se había ganado pronto su confianza, no dudó en mandarlo a vender el piño a la feria más próxima. Fijó el precio de cada cerdo y dijo a Pedro:

—Este será tu primer negocio, si le sacas mejor precio, tendrás una buena comisión.

Eso le pareció muy bien a Pedro, que ya empezaba a comprender que tener ganancias era parte de las preocupaciones de todo hombre serio

Arrear media docena de cerdos no era tarea fácil, y a Pedro le costaba evitar que se metieran a un gran pantano que había justo al lado del camino. En eso estaba, rabiando con los cerdos, cuando lo alcanzó un jinete que parecía hombre de negocios.

—Bonitos sus cerdos, amigo... ¿Los lleva a la feria?

—Para allá voy.

—Si es así, yo se los compro aquí mismo —propuso el jinete, ofreciéndole el mismo precio fijado por el granjero.

—Allá pagan mas --comentó Pedro, haciéndose el desinteresado.

—Seguramente —replicó el comerciante—, pero los compran al peso, ¿y ha pensado cuántos kilos bajarán en el viaje?

Pedro no lo había pensado ni pensaba pensarlo, pero puso cara de pensativo. Lo que en realidad calculaba era cuánto más se cansaría él mismo en el resto del viaje.

—Yo se los vendería, mi señor —dijo por fin Urdemales con exagerada humildad—, pero con una condición.

—Si es por el pago, pienso hacerlo en efectivo...

—No es cuestión de dinero -aclaró Pedro-. Es algo más importante... Es que he criado a estos chanchos desde pequeños, y me gustaría guardar sus colitas de recuerdo...

El jinete pensó que era lo más descabellado que había oído en su vida, pero el negocio era bueno y como él quería el piño para hacer cecinas, nadie le reclamaría una ridícula cola.

Echando pie a tierra y mano al puñal que llevaba en su montura, fue cortando cada cola de cerdo que Pedro iba guardando cuidadosamente en un pañuelo, tal como las señoras antiguas guardaban las monedas de más valor.

Hecho el negocio, Pedro Urdemales se sentó sobre una piedra con cara de hombre que veía partir algo muy querido.

Pero apenas el comprador se perdió eras un monte, se paró ágilmente y se dedicó a pegar cada colita de cerdo en la zona más endurecida del pantano. No bien terminó tan curiosa labor, apareció otro jinete en la misma dirección del anterior. Tan pronto lo vio, Pedro se puso a caminar de un lado a otro, con ademanes de hombre desesperado.

—¿Puedo ayudarle en algo, hombre por Dios? -dijo a manera de saludo el recién llegado.

—Ya no hay remedio, amigo -exclamó Pedro, mostrándole el pantano-. Un año engordando media docena de cerdos, y ahora que los llevo a la feria, un perro me los espanta y se van de cabeza al pantano... No más las colitas se ven, como haciéndome burla.

Sólo entonces el jinete observó el pantano, tratando de recomponer la escena ocurrida. Entre frases de consuelo fue averiguando el tamaño de los cerdos y calculando cuánto producirían convertidos en manteca, jamón y longanizas...

—En fin -dijo el jinete, siempre con tono de consuelo-, mejor es perder menos que más, y si parados en el camino sus cerdos valían mucho, en el fondo del pantano no valen nada. Por suerte para usted yo iba a comprar cerdos a la feria , y me atrevo a ofrecerle unos buenos pesos ahí mismo donde están, a ver si recupero algo.

Pedro no dijo ni sí ni no, pero cuando el jinete le extendió los billetes, se los echó al bolsillo con cara de resignación, y partió.

El comerciante volvió al galope a buscar gente que le ayudara a sacar del pantano aquellos cerdos que tan barato le habían costado.

Pedro Urdemales regresó donde el granjero, y rindió detallada cuenta de la venta de la media docena de cerdos que llevó a la feria.

Pero nada más... porque negocios de colitas de cerdo nadie le había encomendado...



El charqui pa' Julio

Se cuenta de una viejecita que siempre andaba guardando un montón de cosas, como hacen todos los ancianos. Vivía con su nieta, una niñita que todo lo trajinaba y todo lo preguntaba, como hacen todas las niñitas.

Entre los muchos objetos guardados de la abuela se contaba una bolsa de charqui, que cuidaba como hueso de santo.

La niña solía preguntarle:

—¿Y pa' qué guarda esa bolsa, abuelita?

—La guardo pa' julio -respondía la anciana.

Y en verdad la guardaba para comer charqui tomando mate en las lluviosas noches de julio... pero la nieta entendía otra cosa.

Yo no sé cómo llegó a oídos de Pedro Urdemales la historia de esta bolsa, pero el caso es que un día que vio salir a la anciana, llamó a la puerta de calle.

—Cómo le va, señorita —saludó muy atento a la niña que vino a abrirle.

—¿Qué se le ofrece, joven? —preguntó tímidamente ella.

—Sólo paso a ver a su abuelita...

—Lo siento pero acaba de salir.

—Bueno, pues, qué le voy a hacer. Dígale que le dejé muchos saludos, y que después vendré.

—Muy bien —dijo la niña—, pero ¿quién es usted, para decirle?

—¡Yo soy julio... pa' servir a su mercé!

—Entonces espere un poco -dijo la inocente niña, que no tardó en volver con la famosa bolsa de la abuela.

—Adiós, buena señorita —dijo Pedro, tomando la bolsa—, ¡y muchas gracias!

Y en verdad harto agradeció su pobre estómago, siempre medio vacío, aquella sabrosa porción de charqui.



El cartero del otro mundo

Al llegar a las primeras casas de un poblado, Pedro Urdemales vio junto al camino un burro flaco mordisqueando el pasto de un potrero. Pensando en cómo ganarse el sustento ese día, se acercó al animal y se montó al revés, mirando para atrás, cosa que no preocupó al borrico. Le hincó los talones y el burro comenzó a caminar.

Al pasar frente a las primeras casas, Pedro se lanzó a pregonar:

—¡El cartero del otro mundo! ¡aquí va el cartero del otro mundo!

Los aldeanos estaban acostumbrados a esos forasteros que pasaban comprando lana o charqui y vendiendo sal o cochayuyo, pero jamás habían visto a un cartero del otro mundo, ni tampoco de este mundo, por la simple razón de que allí no había correo.

¡Qué raro este pregón y que raros ese jinete y burro! A pesar de ir juntos parecían avanzar en distintas direcciones, ir y venir, alejarse y regresar al mismo tiempo.

— ¿Quién tiene cartas para el más allá? -voceaba Pedro Urdemales—, ¡Se va el cartero del otro mundo!

Hombres, mujeres y niños le dedicaban un momento de atención, y tina vez satisfecha su curiosidad, volvían a sus trabajos y sus juegos.

Cuando Pedro comenzaba a perder toda esperanza, una anciana vestida de riguroso luto le salió al camino:

—¿Es verdad que viene del otro mundo, señor?

—¡Para allá voy, señora! —dije Pedro, sin mentir casi nada, pues ya se sentía morir de hambre.

—¡Lástima no haberlo sabido antes para escribirle unas letras a mi Juancho -se lamentó la anciana-pero al menos espere un minuto para enviarle algunas cositas...!

Pedro esperó gustoso y como más gusto aún recibió un gran paquete y dos billetes de los más grandes, con el encargo de entregárselo todo personalmente a Juancho, sin olvidar decirle que ella lo tenía muy presente en sus oraciones.

Urdemales le aseguró que así lo haría. Puso en marcha al burro y se alejó pregonando:

—¡Se va el cartero del otro mundo! ¡Se fue el cartero del otro mundo...!

Tras la última casa de la población se montó como es debido, y más allá se detuvo junto a un arroyo.

Las «cositas» enviadas resultaron ser un traje y un par de zapatos del finado, que le quedaron a la medida, además de una tortilla al rescoldo, jamón ahumado y huevos duros.

Pedro Urdemales se puso traje y calzado y, muy contento, se echó lo demás al cuerpo.

La ollita de virtud

Vagando por esos mundos, a Pedro Urdemales le llegó la hora del mediodía. Encendió un pequeño fuego entre unas piedras, y puso a calentar una ollita con su modesto almuerzo.

Cuando éste hervía que daba gusto, vio a la distancia venir a un jinete. Pronto reconoció en él a un señor famoso en la comarca por lo avaro y negociante. Tapó con tierra el fuego, y se trasladó con su ollita junto al camino, dando la espalda al jinete, como si no lo hubiera visto, tomó dos varillas y se puso a tamborilear sobre la tapa, repitiendo:

*Hierve, hierve, ollita hervidora,
que no es para mañana, sino para ahora...*

Muy intrigado, el jinete se detuvo a contemplar la extraña operación.

—¿Qué haces, buen hombre?

—Lo que usted ve, patronato: cocer mi comida.

Sospechando que se trataba de un vagabundo chirlado, comentó:

—Y, ¿no crees que sería bueno prenderle fuego primero?

—No se preocupe patrón, que esta ollita es de virtud, y basta con pedirle, golpeándola con mucho cariño:

Hierve, hierve, ollita hervidora, que no es para mañana,

sino para ahora... A todo esto el jinete ya había echado pío a tierra y estaba junto a la olla. Al destaparla, incrédulo todavía, se quemó los dedos. Tentado por la avaricia, pensó que sería un desperdicio dejar tamaño milagro en manos de un vagabundo.

—Mira, hombre —dijo con aire compasivo—, no tienes para qué sacrificarte preparando tu comida. Yo te compraré la olla y podrás comer bien por mucho tiempo.

—¡Ni pensarlo! —respondió Urdemales, sentándose a comer -, mire que ésta ollita me alimenta donde sea, sin trabajo de acarrear leña ni encender fuego.

El jinete pensó entonces que le resultaría ideal para sus largos viajes de negocio, y metiéndose la mano al bolsillo le ofreció un billete de los grandes.

—Ni nunca, patroncito —dijo Pedro, meneando la cabeza.

Sin decir nada, el jinete mostró un segundo billete.

También en silencio, Pedro meneó la cabeza.

El jinete agregó otro billete y Pedro volvió a menear la cabeza.

El avaro montó a caballo, simulando que partía, pero antes mostró un billete más.

—Tal vez con otro me tentaría —exclamó Urdemales, haciéndose el distraído.

El jinete agregó otro billete y, mientras Pedro guardaba el dinero, metió la olla a las prevenciones y partió al galope, sin despedirse, temeroso de que el «inocente» vendedor se arrepintiera de desprenderse de una olla tan prodigiosa.

Pero el arrepentido fue él, cuando al llegar a casa quiso mostrar a todos los presentes las bondades de su ollita de virtud comprada tan barata.

Y dicen que estuvo largo rato azotando la viejísima cacerola de Pedro:

Hierve, hierve, ollita hervidora, que no es para mañana,

Sino para ahora...

Pero ni ahora ni mañana ni nunca, porque la verdadera magia de la ollita fue darle a Pedro Urdemales el dinero suficiente para tener comida caliente varios días. Y hasta un par de zapatos usados se compró para seguir sus incansables andanzas por esos mundos.



Ganar mucho y perderlo todo

Una mañana Pedro Urdemales atravesó una chacra de porotos. Distraídamente tomó un capi, lo apretó y se quedó con sus cinco granos en la mano, porque había oído decir que es malo botar los frutos que Dios nos da.

A poco andar llegó frente a una casa donde una anciana barría el corredor, y se le ocurrió pasar a dejar encargados sus porotos, como una semilla muy especial.

—Déjelos sobre la mesa —dijo ella, que por vivir junto al camino estaba acostumbrada a recibir encargos.

Y se hubiera olvidado para siempre de aquellos porotos, si a la mañana siguiente no hubiera pasado Pedro a buscar su «encarguito».

-Ah, esos porotos-, recordó la anciana-, ¡aquella gallina patoja se los comió!, pero ahí tiene un saco lleno de porotos elija los que quiera.

-No pues, su mercé —dijo Pedro-, porque mis porotos eran de virtud, y en la gallina ha quedado ¡Yo a la gallina me la llevo!

—¡Como se va a llevar mi gallina por unos cuantos porotos! -reclamó la buena mujer, pero Pedro ya se había echado la gallina bajo el poncho y se alejaba por el sendero.

A medio día pasó frente a otra casa, donde una señora tendía ropa en el patio.

Sin pensarlo dos veces, Urdemales pasó a encargar su gallina patoja.

La señora se la recibió y Pedro siguió su camino.

Más tarde la gallina se metió al chiquero y el chancho la mató. Así se lo explicó la señora, cuando al otro día Pedro pasó a buscar su encargo.

—Pero no se apene -le dijo-, ¡elija usted mismo otra del gallinero!

—Eso sí que no -dijo Urdemales-, porque mi gallina patoja era de virtud, y en el chancho ha quedado. ¡Yo al chancho me lo llevo!

Y mientras la señora protestaba, Pedro ya iba arreando el chancho por el camino.

Más allá Pedro pasó con su chancho por las casas de un rico hacendado.

—Déjalo tú mismo en aquel chiquero -fue la respuesta del caballero cuando Pedro se lo dejó encargado.

El hacendado tenía una hija, una joven muy hermosa. Y muy consentida, al decir del ama de llaves, las cocineras y nanas, pues su padre jamás le decía “no” en nada.

Y ese día, apenas vio el cerdo a la niña se le antojó comer sopaipillas con chicharrones.

El padre no lo pensó dos veces, y pronto el cerdo estuvo convertido en una lata de manteca, metros de longaniza y una pirámide de chicharrones.

Cuando al otro día Pedro fue a buscar su chancho, el hacendado lo hizo pasar a la cocina y le ofreció un jarro de café de trigo y sopaipillas con chicharrones, mientras le explicaba el antojo de la niña.

—¡Pero no te apenes! —lo consoló-, pues ,si quieres te puedes llevar dos de mis cerdos por el tuyo.

—Ni dos ni cien -dijo Pedro- porque mi cerdo era de virtud, y en la niña ha quedado. ¡Yo a la niña me la llevo!

—¡Eso sí que no! -lo interrumpió el patrón, sorprendido por tamaña ocurrencia.

Pero Urdemales parecía tener argumentos muy atendibles: habló de honradez, de confianza y de honor. El caballero se sentía indeciso. Llegó la hora de almorzar, y la discusión continuó. Vino la tarde y tomaron once. Anocheció y cenaron.

A la hora en que parecía prudente irse a dormir, el caballero dio su última palabra:

—Mira Pedro -le dijo-, si esa virtud es tuya y en mi hija quedó, hay una sola forma de que la cuides, y es que te quedes en mi casa, trabajando para mí.

A Pedro le pareció un buen arreglo y aceptó.

Pasó unos días muy tranquilo; nunca en su vida

había sido mejor atendido, pero como dice el refrán, «el que nace chicharra, muere cantando», y pronto Urdemales comenzó a «urdir maldades», que así se había ganado ese apellido.

Se le veía siempre demasiado cerca de la señorita, por ver —según decía— que no escapara la virtud de su cerdo, que en ella había quedado.

Una tarde en que ella pidió una limonada desde el estanque que usaba como piscina, Pedro se apuró a llevársela. La joven le dio las gracias y con aire muy inocente, le pidió que probara si estaba tibia el agua.

En tanto Pedro se agachó para tocarla, ella de un empujón lo mandó de cabecita al estanque.

Y mientras Urdemales chapoteaba hacia la orilla, la niña, sin pizca de enojo, le decía:

—Mira, Pedro, yo me acabo de bañar, de modo que la virtud de tu cerdo en el agua ha quedado. Si quieres, te tomas toda el agua del estanque o te largas ahora mismo bien empapado en tu virtud.

—Maldita sea mi suerte -se lamentaba Pedro, marchando cabizbajo por el camino-, ganar tanto y perderlo todo. Por un puñado de porotos tuve una gallina, por una gallina tuve un chancho, por un chancho llegué a una niña, por la niña tuve casa... y de la casa, ¿qué tuve? ¡Sólo la puerta de calle...!

El árbol de la plata

Yo no sé dónde ni cómo las obtuvo, pero es el caso que Pedro Urdemales tenía un puñado de monedas de plata, de esas que los artesanos les hacen un hoyito para pasarles un alambre dorado y convertirlas en pulseras o aretes...

Estaban tan pulidas y brillantes, que se le ocurrió una idea.

Cortó una rama de un espinudo arbusto, la acomodó en un tarro vacío a modo de macetero, y fue ensartando en sus espinas cada una de las monedas ahuecadas.

Luego Pedro se echó al camino con su extraña carga al hombro.

El sol relumbraba en el metal dando a la pobre rama

el aspecto de un árbol de Navidad.

No es raro entonces que un comerciante que volvía del pueblo en cabrita se asombrara ante aquel prodigio.

—¿Y qué planta tan rara es esa, amigo? -dijo el viajero ajustando al paso de Pedro la marcha de su fino caballo cochero.

—El árbol de la plata le llaman en las lejanas tierras donde se cultiva —respondió Urdemales con aire de hombre experimentado.

—Bonita se ve la planta -comentó el viajero—. Y usted se ve muy cansado con ella al hombro. ¡Véndamela mejor, y así tendrá plata sin tener que esperar que florezca de nuevo su planta!

Como si fuera haciendo cálculos, Pedro caminó varios pasos antes de responder:

—Mañana me voy pa'l sur, señor..., sólo por eso la vendería - y agregó—: ¡claro que si alguien me pagara lo que vale!

Y en verdad no fue fácil ponerse de acuerdo sobre el valor de la planta, pero al final pudo más la codicia del viajero, que ya estaba pensando en la posibilidad de un cultivo en gran escala.

Pero una vez convenido el precio y pagado el dinero, el mismo Pedro Urdemales acomodó la planta en la parte trasera del coche, y el caballero puso a trote largo el caballo, mientras Pedro agitaba su mano en señal de amistosa despedida.

Pero el viajero ni se digno a mirarlo, pues toda su mente estaba puesta en la quinta de árboles de la plata que ya se imaginaba plantando.



El huevo de yegua

Esto le ocurrió a un gringo que venía de alguna de esas modernas ciudades del mundo, donde sus habitantes no ven vacas más que en el zoológico y arvejititas sólo en conserva.

Descendiendo por la falda de una loma, se cruzó con Pedro Urdemales, que subía penosamente, con un enorme zapallo al hombro.

Muy intrigado, el gringo le dijo:

—Yo querer saber qué ser eso, my amigo...

—Lo que se ve, pues -repuso Pedro-: ¡es un huevo de yegua!

—¿Y cuánto costar?

—Cien dólares, míster -respondió Urdemales, pensando que eso valdría un zapallo como ése en Nueva York.

Y lo mismo debió pensar el gringo, pues se los pagó de inmediato.

No alcanzó el caballero a dar veinte pasos, cuando se le cayó el zapallo. Rodó loma abajo unos cien metros, se estrelló contra un roble, y se partió ruidosamente. Una liebre que dormitaba junto al árbol arrancó espantada.

Ante esa repentina aparición, el gringo supuso que la liebre había salido de su «huevo de yegua», y corrió detrás gritando:

—¡Atajen mi potrilla! ¡Atajen mi potrilla!



El sombrero buen pagador

Yo no sé si habrá sombreros de «tres cachitos», pero la tradición cuerna que Pedro Urdemales consiguió uno así. Y es el caso que Pedro se dispuso a sacar provecho de su extraño sombrero.

Con una platita que había ganado en esos días, se fue a la ciudad. Pasó a una zapatería y a un restaurante. Pero no salió con zapatos nuevos ni almorzó.

¿Qué hizo entonces?

Hizo algo muy curioso: en la zapatería eligió unos zapatos, los pagó y le dijo al vendedor que mañana vendría a llevárselos. En el restaurante preguntó cuánto valía una parrillada para cuatro personas, pagó y le dijo al garzón que mañana vendría a comérsela.

Al otro día invitó a tres señores a comerse una parrillada, y al pasar frente a la zapatería les pidió acompañarlo.

Se puso un par de zapatos y tocando el ala del sombrero, dijo por lo bajo:

-Ahora paga tú, sombrero buen pagador.

Luego se acercó a la caja y preguntó:

— ¿Están pagados mis zapatos? — Pagados están, señor -respondió el cajero.

Muy asombrados, sus acompañantes lo siguieron hasta el restaurante. Allí eligió una mesa y pidió una parrillada que consumieron felices.

Al terminar, Urdemales se tocó el ala del sombrero, y dijo por lo bajo:

—Ahora paga tú, sombrero buen pagador.

Luego llamó al garzón y le preguntó si estaba pagada la comida.

—Pagada está, señor -respondió el garzón, y los cuatro abandonaron el local.

Uno de los señores, que ya no aguantaba la curiosidad, le preguntó cómo era eso de gastar él y que pagara el sombrero.

—Es un secreto —aseguró Pedro y sólo después que le juraron guardarlo, les confesó que ése era un sombrero de virtud.

El curioso, que era también muy avaro, pensó en las ventajas de un sombrero así, y quiso comprárselo.

Que sí, que no, que cuánto... que tanto... hasta que al fin el sombrero fue vendido en un precio que alcanzaría para comprar zapatos, traje, sombrero y guantes.

Y cuenta la tradición que el nuevo dueño del famoso sombrero de tres cachitos invitó a un lujoso restaurante a un comerciante muy rico, con quien pensaba hacer buenos negocios.

Después de almorzar, se tocó disimuladamente el ala del sombrero y dijo por lo bajito:

—Ahora paga tú, sombrerito buen pagador.

Luego llamó al garzón:

—¿ Está pagado el almuerzo?

—¿; Cómo va a estar pagado si no ha pagado? -dijo el garzón con cara de pocos amigos mientras le entregaba una carísima cuenta.

Y ¿cómo terminó este cuento?

Pedro Urdemales nunca lo supo, porque a esas horas ya iba muy lejos, por alguno de esos caminos que llevan y traen a los eternos aventureros.

GLOSARIO

Bala: bola de fierro usada en la prueba de atletismo llamada lanzamiento de la bala.

Casas: se llama «las casas» de un fundo, a la habitación e instalaciones patronales, donde viven los dueños.

Capi: vaina de algunas semillas, como el poroto.

Cabrita: coche tradicional de dos ruedas y un asiento, tirado por un caballo.

Chanchito: en los campos, y especialmente en el sur, el cerdo sólo se llama chancho.

Charqui o charque: carne de vacuno, caballo, cordero, etc., cortada en rebanadas, salada y desecada al sol.

Chicharra: cigarra; «el que nace chicharra, muere cantando»: refrán que advierte lo difícil que suele ser abandonar los malos hábitos.

Consentida: persona demasiado mimada, muy regalona.

Cuneta: zanja de desagüe; en el campo puede conducir también aguas de riego.

De las chacras: ser de las chacras: ser persona simple o de poco entendimiento.

Echona: hoz; se usa para cosechar trigo a mano.

Finado: muerto, deudo.

Gringo: persona extranjera, especialmente inglés, alemán o estadounidense

Lata: en la ciudad la llamarían simplemente «tarro», pero en este caso, se trata de uno especial para envasar manteca (grasa de cerdo)

Ojotas: calzado campesino hecho antiguamente de cuero de vacuno y hoy, de neumático.

Andrés Sabella la define así: Ojota, límite entre el hombre y la tierra.

Parrillada: asado de carnes a las brasas.

Piño: conjunto y especialmente arreo de animales

Pueblino: hombre de ciudad, poco entendido en las cosas del campo.

Platita: poco dinero, generalmente juntado con sacrificio.

Prevenciones: alforjas que el jinete lleva en la montura.

Ramadas: fondas, especialmente las de Fiestas Patrias.

Su mercé; su merced: antiguo tratamiento de cortesía.

Tortilla al rescoldo: sabroso pan tradicional, que se cocina enterrado en ceniza caliente.

Urdemales: es decir, que urde males o planea maldades. En España se llamó Urdemalas y en Chile y otras partes también Urdimale.

Venir de las chacras: ser simplón, tontorrón, fácil de engañar.
Virtud: magia, poder sobrenatural

ÍNDICE

Pedro Urdemales, un huaso del campo, pero no de las chacras
Una verdad del porte de un cerro
La apuesta con un campeón
Las tres flores
Los cerdos empantanados
El charqui pa'l Julio
El cartero del otro mundo
La ollita de virtud
Ganar mucho y perderlo todo
El árbol de la plata
El huevo de yegua
El sombrerito buen pagador
Glosario